

LITERATURA.

Galería

DE

Ingenios Contemporáneos

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

Casi siempre, en España como en todas partes, los primeros pasos del genio sobre la tierra han hollado una senda cubierta de espinas; y en el día sobre todo, antes que logre la primera creación de una inteligencia privilegiada romper la capa de glacial indiferencia en que se emboza la sociedad moderna, ¿quién puede contar los desengaños, las privaciones, las angustias, las amargas horas de desesperación en las propias fuerzas, y esto es acaso lo mas terrible, que desgastan y consumen el alma del pobre jóven predestinado con harta frecuencia, hasta el punto de marchitarla en su flor y ahogar en ella el gérmen de los frutos? Si para el artista y el escritor acreditados, célebres ya, es un siglo de oro éste en que vivimos, y lo es seguramente, diganlo sino los *opulentos* grandes hombres de nuestra época, tambien al mismo tiempo es un siglo de hierro para el genio desconocido, que aun trabaja en el silencio de su oscuridad, sin antecedentes que le abonen, sin cábala que le sostenga, sin cobarde flexibilidad que le haga prostituir su pluma hasta el punto de adular al poder, ya se halle este en el trono, ya en el mas inmundo populacho, sin mas estímulo en fin que su conciencia de artista ó de poeta, que le dice—Ve!, sin mas norte que el brillo de la lejana gloria que entrevé mas allá de las tinieblas que le circundan. Para este poeta, para este artista, madrastra es que no madre la

TOMO III.

sociedad moderna, y mas que nunca en épocas de revueltas intestinas como la presente, en que las pasiones son todo, en que la razón es poco ó nada.

Pero tal es el poder del genio, tan poderoso el sello de predestinación que Dios le puso en la frente que á veces la fuerza de las circunstancias y de los obstáculos, cualesquiera que sean, es impotente contra él. Dificil es imaginar circunstancias peores que las presentes para un triunfo literario. Y qué ¿cuando la patria se halla en peligro; — cuando la suerte de las armas va á decidir de la suerte de esta gran nación, de nuestra existencia, de nuestro porvenir, de nuestros mas caros intereses, hemos de ocuparnos, nosotros españoles en medio de nuestras terribles angustias, en cosas de arte y de imaginación? Esto dicen, ó por mejor decir, esto decimos todos; con estas ideas vamos á las bibliotecas, á los museos, al teatro, sobre ellas conversamos hasta que abrimos un libro, hasta que vemos levantarse el telón, y tal vez los primeros párrafos de aquel y las primeras escenas del drama á que asistimos, aparecen á nuestra vista velados en el sangriento polvo que se eleva de los campos de Navarra, como al trasluz de un paño funeral. Mas luego poco á poco la armonía de los versos, la magia de las pinturas disipan esta ilusión de óptica; á los sombríos pensamientos que se apiñan en nuestro ánimo sucede una dulce serenidad, primer influjo del arte; y si este se eleva á su sublime altura, nos eleva con él á su mundo de ilusiones, y entonces toda la amarga realidad desaparece y no vemos delante de nosotros mas que una cosa, el arte en su esplendor, que nos hace palpar de entusiasmo, y no sentimos nada mas que una cosa, la admiración, la gratitud á quien nos les ha hecho mirar así, que nos hace aplaudir con delirio, y desear verle para darle las gracias cara á cara porque ha desvanecido nuestras penas y por un momento ha inundado en delicias nuestras almas. Un drama nuevo, un jóven poeta desconocido hasta el momento en que de súbito se ha revelado á nuestra admiración por una obra extraordinaria, han dado al pueblo de Madrid la série de sensaciones que acabo de indicar; éste le ha recompen-

II

sado de un modo noble, grande, como debe hacerlo un gran pueblo;—¡gloria al poeta que así sabe merecer! ¡gloria al pueblo que así sabe recompensar!

En efecto, la recompensa que ha dado Madrid al autor del *Trovador* es inmensa; y lo es precisamente porque ha sido merecida; si el drama no hubiera sido bueno, el triunfo del poeta no hubiera sido un triunfo literario, sino un triunfo de circunstancias, un triunfo de voluntario de Isabel II. Pero el público al aplaudir el *Trovador* no ha pensado mas que en su mérito real y positivo, ni podia ser de otra manera; acostumbrado á no ver en la escena, á no aplaudir mas que creaciones de ingenios extranjeros, salvo alguna que otra rara escepcion, debia naturalmente lisonjear su orgullo nacional ver una produccion española, que le inspiraba sensaciones profundas como se las han inspirado las obras de los que está acostumbrado á mirar como los maestros del arte y saber; además, que aquella obra era el primer destello de un genio ignorado, que tal vez no espera mas que un soplo de la admiracion popular para tender las alas y alzarse á la altura de las grandes potencias intelectuales de nuestro siglo. El pueblo ha hecho ya por su parte todo lo que debia, dando el primer impulso al genio; ahora le toca á éste llenar las esperanzas que todos fundan en él. Y cierto que no tendrá disculpa sino las llena: guiados por el talento que ya tiene el autor y lo ha probado, la constancia, el estudio sério y concienzudo del arte, la observacion de la naturaleza, y estas cosas dependen de una voluntad enérgica y decidida, no pueden menos de producir grandes obras. En este caso, se halla el autor del *Trovador*; su porvenir es seguro, brillante; esperemos en él con serena confianza.

Despues de lo que han dicho todos los periódicos de la capital acerca del *Trovador*, nada pudiéramos añadir nosotros, sino que con toda franqueza unimos nuestra débil voz á la que unánimemente proclama el mérito extraordinario de aquella primera creacion del jóven poeta, cuyo retrato publicámos en este número del Artista. Permítasenos sin embargo presentar aquí, como dechado de lenguaje y de versificacion, la siguiente

escena entre doña Leonor y su hermano D. Guillen que no desdeciría por cierto en la mejor comedia de Lope ó de Calderon. Aunque separada del cuerpo de la obra ofrece esta escena poco interés, la presentamos no obstante con el único objeto de que se formen idea los lectores que no conozcan este drama, del sabor anticuado y puro que reina en todo él, así como tambien del estudio profundo que debe haber hecho el autor de nuestros grandes escritores dramáticos del siglo XVII.

Gui. Mil quejas tengo que daros

Si oirme, hermana, quereis.

Leo. Hablar, don Guillen, podeis,

Que pronta estoy á escucharos.

Si á hablar del conde venis

Que será en vano os advierto,

Y me enojaré por cierto

Si en tal tema persistis.

Gui. Poco estimais, Leonor,

El brillo de vuestra cuna

Menospreciando al de Luna

Por un simple trovador.

¿Qué visteis, hermana, en él

Para así tratarle impía?

¿No supera en bizarría

Al mas apuesto doncel?

¿A caballo, en el torneo

No admirásteis su pujanza?

¿A los botes de su lanza....

Leo. Que cayó de un bote creo.

Gui. En fin, mi palabra dí

De que suya habeis de ser,

Y cumplirla he menester.

Leo. ¿Y vos disponeis de mí?

Gui. O soy ó no vuestro hermano.

Leo. Nunca lo fuerais por Dios,

Que me dió mi madre en vos

En vez de amigo un tirano.

Gui. En fin, ya os dije mi intento:

Ved cómo se ha de cumplir.

Leo. No lo espereis.

Gui. O vivir

Encerrada en un convento.

Leo. Lo de el convento mas bien.

Gui. ¿Eso tu audacia responde?

Leo. Que nunca seré del conde....

Nunca; ¿lo ois, don Guillen?

Gui. Yo haré que mi voluntad

Se cumpla, aunque os pese á vos.

Leo. Idos, hermano, con Dios.

Gui. Leonor....! á Dios os quedad.

Terminarémos este artículo dando aqui una breve noticia biográfica del poeta, sobre la cual mal pudiéramos estendernos mucho, siendo él tan jóven y tan desconocidos para nosotros los sucesos de su vida anteriores á la época en que se ha colocado en las primeras filas de la jóven literatura española.

Don Antonio García Gutierrez nació en la villa de Chiclana, en Julio de 1813; pasó á Cádiz en 1821, y en esta ciudad emprendió los estudios para seguir la carrera de la medicina que empezó á cursar en el colejo de San Fernando; pero mas inclinado á la literatura que á esta ciencia, la abandonó, como tambien su casa paterna, para venir á Madrid, adonde llegó en 1834, como suele decirse, á *probar fortuna*. A fuerza de buscarla ha dado en fin con ella. ¡Justo precio de su constancia y sus fatigas!

E. DE O.



El Salzburgo.

La provincia de Salzburgo forma parte del antiguo *Noricum*, y la ciudad de Salzburg se halla edificada cuasi en el mismo sitio en que estaba

Juvavia, colonia romana. Su posicion al pié de la gran cordillera alpina es de las mas pintorescas. Los rios *Salzach* y *Saal* verifican su reunion en un valle muy llano y muy estenso que fertilizan con sus aguas. Este valle se halla rodeado de altas montañas escepto por el lado del norte; las que mas sobresalen en aquella parte de la cordillera son el *Untersberg* que se eleva 5570 piés franceses sobre el nivel del mar, y el *Watzmannberg* cerca de 9000: estos dos picos y sobre todo el segundo conserva siempre algo de nieve, aun en los meses mas calurosos del verano. En medio del valle se elevan aquí y allí montecillos de mas ó menos consideracion; dos de ellos, el *Moenchberg* y el *Capuzinerberg*, se hallan uno enfrente de otro y separados únicamente por las aguas del *Salzach*; en las faldas contrapuestas de estos dos montes y por las orillas del rio se hallan diseminados los edificios que constituyen la ciudad clerical de Salzburg.

Segun dice la leyenda, parece que S. Máximo fué el primero que en la antigua Juvavia egirió la profesion de monge, y llegó á tener hasta cincuenta proselitos que todos ellos vivian en unas grutas abiertas en la falda del *Moenchberg*. En el año 477, se estendieron por aquel pais los hunnos y demas hordas del norte; Widumar gefe de los hérulos destruyó la colonia romana, hizo colgar de un árbol al prelado Máximo y despeñar por aquellas breñas á sus cincuenta compañeros. Dos siglos despues de esta asonada vino por allí el obispo S. Ruperto, limpió las ruinas y escombros, y empezó á plantear la ciudad que hoy lleva el nombre de Salzburg fundando un convento de monjes y otro de monjas, ambos benedictinos. Los sucesores de Ruperto ascendieron á arzobispos y, hasta el año de 1801, fueron no solo pastores y directores de las almas, sino tambien príncipes soberanos y dueños de las vidas y haciendas de los habitantes de aquel hermoso distrito que, habiéndose hallado durante tantos siglos bajo la influencia y direccion inmediata de la iglesia católica apostólica romana, no es extraño hayan florecido en él un sin número de hombres ilustres en santidad. Sin embargo, valiéndome de la expresion del amo de la fonda en que yo estuve,

*

parece que los señores arzobispos no gobernaron siempre muy al gusto de sus vasallos, puesto que estos se les revelaron muchas veces y uno de aquellos pereció en la demanda en batalla campal.

Tampoco parece que el cielo ha mirado siempre con ojos benéficos á sus hijos predilectos de Salzburg, porque en diferentes épocas les ha enviado crueles azotes, tal vez con el objeto de probar su fé. Entre estos azotes ó plagas se pueden contar diez incendios de consideracion, otras tantas inundaciones por avenidas del Salzach, cinco hambres, quince pestes, tres temblores de tierra, tres derrumbos de montañas que destruyeron varios edificios y en que perecieron por consiguiente una porcion de habitantes, un sin número de guerras y algunas otras diversiones parciales. Seguramente no se contará en el mundo de otra ciudad mas desgraciada.

En 1803 la provincia del Salzburgo dejó de pertenecer á la iglesia y pasó á ser propiedad del gran duque de Toscana. En 1806 fué agregada al territorio austriaco. En 1810 entró bajo los dominios del Rey de Baviera, y por último, en 1816, volvió á poder del Emperador de Austria, bajo cuyas garras se halla en el dia, no diré muy á placer de los Salzburguenses, porque pagan contribuciones extraordinarias en hombres y dinero, pero si muy á gusto del buen Emperador y del señor Metternich por la misma razon.

Ya se puede desde luego presumir que, en tiempo de los arzobispos-príncipes, Salzburg debia ser una ciudad muy populosa y lujosa, sobre todo en lo que respecta á cosas de iglesia: en el dia solo cuenta 11000 habitantes que se hallan alojados muy ancha y cómodamente, y todavía queda lugar para otros tantos. A pesar que el gobierno se ha apoderado de muchos edificios sagrados empleándolos en objetos profanos, todavía quedan siete conventos en actividad, un colegio de presbíteros y hasta treinta entre iglesias y capillas en que se celebra misa. Antiguamente habia universidad, y cuando pertenecia á la Baviera, el príncipe heredero de aquel reino tenia allí su residencia: la falta de estas dos circunstancias ha sido una gran pérdida para la ciudad.

Los habitantes del Salzburg son en general de

muy buen carácter, pero se resienten de haber estado durante tanto tiempo bajo la dominacion eclesiástica y haber mudado tantas veces de soberano. Son estremadamente católicos y dedican muchísimo tiempo á sus devociones, guardando escrupulosamente un sin número de festividades al cabo del año. Todos los de la clase que comunmente se llama pueblo, pero particularmente los labradores rezan en voz alta una porcion de devociones antes y despues de cada una de sus comidas; ademas rezan las avemarías tres veces al dia é indefectiblemente el rosario todas las noches, bien sea dentro de casa, ó bien en el campo delante de alguna de las imágenes que se hallan repartidas en todas direcciones y por todos los caminos. La invencion de los cristos dobles parece peculiar del Salzburg; en una misma cruz suele haber dos crucifijos colocados espalda con espalda, y de este modo presentan el frente á los fieles que vienen por ambas direcciones del camino. Cuando sucede alguna muerte en despoblado, colocan en el paraje en que se ha verificado la desgracia una tabla de pié y medio en cuadro al extremo de un palo ó pié derecho, en cuya tabla está pintado el suceso con la añadidura de la vírgen ó santo de la devocion de los interesados del difunto. Se encuentran de estas pinturas á cada paso, pero yo no he visto ninguna que represente un asesinato. Por lo demas los Salzburguenses no tienen ilusion ninguna por su patria ni por el príncipe que los gobierna; no piensan ya en mudanzas ni en revoluciones, sin embargo de que por sus conversaciones se deja inferir que mas se alegrarian pertenecer á la Baviera que no á la Austria, y creo que no van desacertados.

El traje nacional de los Salzburguenses participa ya algo del de los habitantes de los Alpes, sobre todo el de las mugeres, que es lo mismo que si dijéramos que es muy desairado y tiene muy poca gracia, por mas que los pintores y poetas se empeñen en hermosarlo. Los hombres llevan una chaqueta negra muy corta y que se les remanga por detrás, chaleco de color, calzones cortos muy ajustados de ante negro, botas ó bien zapatos-borceguís con media blanca. En la cintura llevan un correon negro, en el cual está bordado con

estambre blanco el nombre y apellido del individuo. Los labradores cuando se visten de día de fiesta se ponen una levita de paño negro que les llega hasta los talones, con el talle al nivel de los sobacos y con unos botones blancos muy grandes, de modo que todos ellos parecen jorobados. El sombrero es de fieltro en el invierno y de paja en el verano, alto, punteagudo, con el ala grande y una cinta negra ó bien un cordón amarillo que suele tener algo dorado: en esta cinta ó cordón llevan un ramo de flores naturales ó artificiales, algunos llevan unas plumas y otros unas imágenes ó medallas de plomo. Lo mas característico es su cubierto completo que llevan siempre en un bolsillo hecho á propósito en el calzon del muslo derecho, dejando asomar afuera la cabeza del cuchillo, tenedor y cuchara, manifestando que están siempre dispuestos á comer cuando se les presenta la ocasion. Las mugeres sugetan su abundante pecho con una cotilla, haciéndolo levantar lo mas alto posible: las sayas son de percal pintado con colores muy fuertes, tienen muy poco vuelo y hacen arrugas por todas partes, y con el talle tan alto como el de los hombres: el corpiño ó jubon de paño negro, muy cortito y con las mangas anchas de hombros y estrechas de muñeca, de modo que por muy buenas mozas que sean todavía tienen un aire mas desairado que los hombres. En el cuello llevan un pañuelo negro puesto en forma de corbata y con un gran broche de plata, para de este modo ocultar los bultos del pescuezo, cuya enfermedad es muy general en aquel pais hasta entre las gentes de clase acomodada. En la cabeza llevan un sombrero idéntico al de los hombres, con lo cual se acaba de completar la gracia del vestido.

J. EZQUERRA.



El siguiente romance se compuso para adorno de una novelita, todavía inédita, titulada *El Paje y el Alcon*, que forma parte de la coleccion de las tituladas *Los Cuentos de la Alhambra*.

La Rosa de la Alhambra.

¿Para que jimes, Alhambra,
Tu pasada magestad,
Cuando abrigas en tu seno
La joya mas singular?

En vano entre las sentencias
Del poético Alcorán
Que adornan las regias salas
Do el moro supo reinar,

Entrelazados ostentas
Nombres de fama inmortal
En las Zaidas y Jarifas,
Idolos del musulman.

Pasagera fué su gloria,
Cual vióla primavera,
Que solo brilla anunciando
La rosa que ha de llegar.

Llegó, sí: yo el venturoso
Fuí que en espeso jaral,
Y aunque de espinas guardada,
La descubrí en su disfraz.

Sirvióme un ave de guia
Hasta su oculta beldad:
Que gustan estar las aves
Donde las flores estan.

Una fuente de alabastro
Perlas en riego le dá;
Y ella á la fuente regala
Su imagen angelical.

Todo en contorno es arómas
De esquisita suavidad:
Todo dulcísimos cantos,
No fáciles de espresar.

Flor pudorosa cuan bella,
Esconde á todo mortal
Tus gracias, sino pretendes
Perder tu nativa paz:

Que eres prenda codiciable
Digna de tiesto real,
Para gloria de mi corte,
Y envidia de las demas.

Solos mis ojos te vean,
Que fieles respetarán
La modestia con que esquivas
De la ambicion el imán.

Y pues tú, alcázar antiguo,
Depositas joya tal,
¿Para qué jimes, Alhambra,
Tu pasada magestad?

REMENTERIA.

Costumbres Españolas.

ARTICULO CUARTO.

Día de San Sebastian(1).

Sonaban desde antes de rayar el día las campanas del estinguido convento de Dominicos, hoy día hospital de confinados y ayuda de parro-

(1) Este hecho que voy á referir, no creo que sea de uso sino en una Villa pequeña de la provincia de Jaen, en donde me hallaba por una rara casualidad, el día 20 de enero de este año.

quia de esta Villa (2), á las que contestaban con ronco son las mas gruesas y voluminosas de la iglesia, y las atipladas de la ermita de la Coronada, formando este conjunto una armonía tan estrepitosa y desapacible en la silenciosa hora de la mañana, que todos hubimos de despertar sobresaltados. Levanteme algo mohino de este súbito arrebató, y pregunté si era costumbre el despertar de este modo á los habitantes del pueblo á lo que me respondieron, asombrados de mi audacia, que este santo campaneó era en honra, gloria y pró del glorioso S. Sebastian, patron de la Villa y capitan general de los ejércitos del Cielo. Y aun hubo quien aseguró, que habia sido poco el ruido, pues que ya los sacristanes eran viejos y no podian hacer volar las campanas con desenvoltura; pero aseguróme el mismo que no tuviera pena por eso, pues luego vería y oiría lo que no habia visto, ni oido en mi vida, aun que hubiese andado mas tierra que el tio Chica, gran viagero de esta Villa, pues se internó por el mundo, en sus mocedades siendo soldado, hasta la ponderada Villa de Madrid, donde estuvo cuatro horas encerrado con sus compañeros en un cuartel, y cuenta de la Corte, del Rey y de lo que vió allí, cosas que sus oyentes ponderan y admiran.

A este enorme campaneó se siguió un estruendo de escopetazos y de cohetes capaz de atronar los oídos del mas sordo. Por todos los lados de la Villa se oía como un fuego graneado de infantería bien sostenido, y si hubiesemos estado en algun pueblo de las provincias del norte, no hubiera dudado de que se daba una grande y re-

(2) Es un dolor que este hermoso edificio, mandado construir por los marqueses de Ariza, esté destinado á hospital de presidiarios, por los muchos daños que hacen en él. Una hermosa fuente que tenia en medio de un patio todo lleno de corpulentos y bellísimos naranjos, y limoneros, se halla inservible, por que han roto los presos las cañerías; los árboles están casi destruidos y lo interior, apesar del esmero del médico encargado del hospital, se deteriora por dias; los bajos-relieves están ya casi borrados; de suerte que al cabo de algunos años no quedará de este edificio sino ruinas, cosa harto triste y dolorosa.

ñida batalla. ¡Tal era el estruendo que se oía y la humareda de polvora que cubría todo el pueblo!

Cesó por fin este bullicio, y al suave sonido de la campana que llamaba á misa, salimos á ver la fiesta. Al llegar á la calle que conduce de las casas Capitulares á la Iglesia, vimos avanzar un escuadron de paisanos, llamados los *Comisarios*, que conducian la bandera del Santo—, y al Ayuntamiento que igualmente se dirigía á la Iglesia. Venian delante, en ala, hasta veinte mozos con escopetas: seguíales un viejo encapotado, y perseguido por todos los muchachos del pueblo. Este hombre llevaba debajo de la capa un grande atractivo para los muchachos, llevaba los cohetes, y difícil será decir lo mucho que me divertieron las diabluras de aquellos, tanteando todos los medios posibles para robarle los voladores. Algo detras venia la bandera de S. Sebastian, y despues el Cuerpo gubernativo en ala y marchando al compas de un viejísimo tambor que redoblaba el maestro de ceremonias. Llegados á la Iglesia, saludó á la bandera y al Ayuntamiento el escuadron escopetero con una desigual y ruidosa descarga. Entramos en la Iglesia, oimos una larga misa de *tres en ringla* y un sermon, acompañando los cánticos de la misa un órgano tocado por un antiquísimo sacristan ciego y desgraciadamente sordo tambien.

Por la tarde habia procesion. A las tres se volvió á repetir el estrepitoso ruido de por la mañana; el campaneó, el redoble del tambor, los cohetes, los escopetazos pusieron en movimiento á todo el vecindario. — Desocupóse súbitamente la taberna de enfrente de mi casa, de donde salieron muchas personas en un estado muy sospechoso, y por ningun título dispuestos á figurar en una procesion, de modo que ya me esperaba yo lo que verdaderamente sucedió. A poco mas de las tres y media, púsose en marcha la procesion en el mismo orden que por la mañana. Detras de la bandera venia en unas andas el Santo sostenido por cuatro robustos mozos: iba enteramente desnudo, y solo un pequeño tonelete le caia desde la cintura hasta la mitad del muslo. Estaba encerrado entre cuatro columnas, adornadas con cin-

tas de mil diversos colores, muchas flores y otros dijes relumbrantes, y por encima cubríale en forma de dosel un pañuelo, cuyas cuatro puntas se añudaban á los extremos de las cuatro columnas. Parecia que al buen patron del pueblo le llevaban preso en una jaula. Empeñó su marcha la procesion hácia la ermita de la Coronada, mansion ordinaria del Santo, en medio de un estruendo y algarabia tal, que mas bien se asemejaba aquello á una funcion de novillos que no á un acto religioso: confundíanse mil palabras obscenas con los escopetazos, disparados sin orden y con peligro de los vecinos. Quemáronse algunos pantalones, atropellábanse las gentes en las estrechas y empinadas calles, y mas de una vez temí que la efigie se viniera al suelo, segun las oleadas de gente que caian sobre los conductores; unos huyendo por temor de los desalmados escopeteros, y otros no encontrando bastante fuerza en sus piernas para sostenerles, gracias á sus abundantes libaciones. En todas partes predominaba el vino. Llegaron en fin á la ermita, dejaron un momento el Santo á la vista del público, repiquetearon las campanas y se dispararon numerosos tiros y cohetes; pero el vino acalorando las cabezas, les hizo perder el respeto que debian á su santo patron, y dirigiéndole las bocas de las escopetas, tiraronle algunas perdigonadas, bastando estas para quemar el pañuelo que le servia de dosel. Mandóse inmediatamente retirar el Santo: los paisanos, corriendo por las calles, disparando, alborotando y bebiendo concluyeron el dia mas solemne de aquel pueblo, dejándome á mí escandalizado de que en las clases ignorantes se encuentren tantos y tan grandes vicios y tan pocas virtudes, tanta incredulidad, tanta irreverencia á las cosas del cielo, sin ninguno de los principios morales que suelen en la vida social suplir la falta de las creencias religiosas.

Por la noche, los *Comisarios* dieron un baile general con su *ambigú*; inútil será decir que este baile era de los de *candil en viga*, desorden completo, borracheras, peleas y atropellamientos de toda especie — Me retiré temprano por no verme obligado á ser espectador de alguna escena harto violenta.

Celebraron los vecinos de aquel pueblo con jaranas y con tiroteos la memoria de un Santo á quien profesan particular devocion, en quien ponen su confianza en las epidemias y habituales tribulaciones de la vida, y en fin, á quien tienen por patron y protector de sus dioses penates.

Así entiende la religion el *pueblo bajo*. ¿Si será porque no se la enseñan bien?

Enero.=1836.

J. AUGUSTO DE OCHOA.

Dos palabras

sobre el Alen-Ferrando

DEL SEÑOR SALAS.

¿Habrá quién diga que faltan ingenios á la romántica España?—y sino faltan ¿cuál es la causa que hace sombra á su brillo?—No es necesario recordar al público madrileño los triunfos de que ha sido testigo en estos últimos dias, y los justos honores que tributó en nuestra escena nacional al autor del *Trovador*, para probar que aun no se han agotado en este suelo los frutos que sembraron Lope y Calderon: y que afortunadamente, *sin contar con la alta proteccion de la empresa de teatros*, podríamos muy bien pasarlo sin exóticas producciones. Pero, merced al espíritu anti-español de la empresa, poco ha faltado para que aquel lindo drama, primer ensueño de un jóven poeta que tan ventajosamente se anuncia al mundo literario, no hubiera jamás salido de entre los papelotes de algun estante empolvado. Esta es la suerte y lo ha sido constantemente de algunos años á esta parte de los ingenios españoles.

¡Contribuyamos á mejorarla !....

Por eso habiéndonos nosotros impuesto la mision de recoger y dilatar los ahogados suspiros de nuestra literatura, de amontonar y vivificar las calientes cenizas esparramadas de una hoguera

amortecida, no miraremos jamás con indiferencia el que nuestros escritores ansiosos de gloria sean coronados en sus trabajos con el desprecio—La escena que insertamos en este número del drama titulado Alen--Ferrando, obra de nuestro colaborador D. Jacinto de Salas y Quiroga, bastará por sí sola para que juzgue el público ilustrado si el señor de G., al reprobar las obras del ingenio, mide ó nó con el mismo compás el mérito y el interés para con el público, sin atender al nombre, colocacion y fortuna de los poetas: en una palabra, si el maniquí (y dé gracias el autor á su apellido) reunía mas dotes para ser representado en la escena, que el *reprobado* Alen--Ferrando.

Mas aun, si la sandez titulada *la gata mujer*, y otras mil que no contamos, eran preferibles á un drama original, aun cuando no tenga otra recomendacion que la brillantez de su versificacion, y el ser la primera obra de un ingenio nacional, cuyo merito como poeta dramático no puede conocerse hasta que el público juzgue de ella viéndola ejecutada en el teatro.

F. M.

Una escena de Alen-Ferrando,
drama original en cinco actos, por
Don Jacinto de Salas y Quiroga.

ACTO I.

ESCENA SEGUNDA.

PEDRO EL ERMITAÑO; FERRANDO, EL REY ALONSO;
GUILLÉN DE CERCANIA, HERNÁN DE CANI Y CABALLEROS.

ALONSO.

Salud, ó peregrino, el Rey te manda,
Salud al caballero que te guía.

Mi alcázar, mis tesoros y mi pueblo

Todo es tuyo de hoy mas.... Al que se olvida,
Cruzando los desiertos y los mares,
Por regar con sus lágrimas furtivas
El sepulcro del Cristo, al que no teme
Un día padecer y un nuevo día,
Y del infiel arrostra los tormentos,
Y ofrece por su Dios su propia vida,
Siempre con amistad y paz de hermano
Recibirá el monarca de Castilla.

PEDRO.

¡El que manda en los Reyes te lo premie!
¡Merece una corona quien abriga
Tan nobles sentimientos!.... Tú no ofreces
Lo que cumplir no piensas.... Si convidas
Con la paz al anciano peregrino,
Si le ofreces un bien que no codicia
Pero que ha menester, oro y soldados....
Y lo engañas despues, ¡Dios te maldiga!

ALONSO.

Soy Rey, soy caballero y Castellano!
El que de mis palabras desconfía
Ignora que en España es un infame
Quien no es franco y leal, y que en Castilla
No hay mas que pechos nobles.

PEDRO.

¡Ah! si es cierto,
¡La causa del Señor por qué se olvida?
Sí, ¿por qué no despiertan tus guerreros
Y á los campos no van de Palestina?
Allí vieran cargados de cadenas
A los hijos de Dios, la frente erguida,
Arrastrar el arado cual los brutos,
Borrar con su sudor la huella impia
Del infiel musulman, poner la planta
En la tierra de sangre humedecida,
Y de que sangre, ¡ó Dios!.... sangre inocente
Que vertiera el impío con mancilla;
Allí vieran, ¡ó Rey!.... como el estiercol,
Un cadáver cristiano que el buey pisa,
Otro cadáver luego.... mas, ¿qué digo?
¡Columnas de cadáveres verían!....
Y el sepulcro del Cristo profanado,
Y la entrada del templo prohibida,

Y hasta el ministro santo del Dios vivo
Como un esclavo vil, ¿no te horrorizas?
Allí arrastra cadenas, y no puede
Al altar acercarse de la vida.

ALONSO.

¿Y no hay un brazo fuerte que descargue
La segur del Señor, sobre el que agita
Su diestra contra el Dios de los cristianos?

PEDRO.

¿Qué te diré, ó monarca, que no digan
Estas canas mejor y el llanto mio?
Yo abandoné mi hogar donde la dicha
Con la paz se albergaba, hablé á los hombres,
Y mi voz de ninguno fuera oída.
Solo este nóbile jóven me siguiera
Y tras mí paso incierto; la cuchilla
Blandió con fuerte brazo.... pero solo,
¿Qué pudiera él hacer?... Lo que yo hacía...
Noche y día llorar.

FERRANDO.

Sí, gran monarca,
Yo soy debil tambien, de Palestina
El suelo yo regué con llanto amargo.
¡Ah! cual ya lo regarás, Rey, si abrigas
Una chispa de honor dentro del pecho....
Cuando vieras la bárbara cuchilla
Sobre el cuello caer del fiel cristiano
Que, nombrando á su Dios, pierde la vida;
Cuando vieras los canes corroyendo
La lengua que tan solo se movía
Para cantar de Dios las alabanzas,
Y el infiel maldiciendo al que le cría;
La losa que cubrió el cadáver santo
Con la sangre de mártires teñida,
Y si vieras uncidos cual los brutos
A los hijos de Cristo al carro.... ¡ah! mira,
O fueras tú mas bárbaro que el moro,
O lloraras tambien, Rey de Castilla.

ALONSO.

Sensible Caballero, al escucharte,
Riega mi rostro el llanto.

FERNANDO.

¿Y qué sería

Si vieses como yo, tu solo amigo
 Con la muerte luchando?... ¡ah! mas querria
 Yo propio perecer!.... Y él me estrechaba
 Contra su seno tierno y sus heridas
 Parecia olvidar.... Yo estaba solo
 No lejos del Calvario, y oprimian
 Mi corazon recuerdos de la pátria....
 Una nube de polvo oscurecia
 El aire al pié del monte; en dos corceles
 Y ácia el bosque lanzados á porfia
 Dos hombres ví avanzarse; el uno moro,
 El otro era cristiano. De mi vista
 Muy pronto se alejaron; pero, ciego,
 Presagiando algun mal — yo no podía
 Ni respirar siquiera! — Seguí.... el bosque
 Yo recorriera en vano; la fatiga,
 El sudor, el quebranto ya embargaban
 Mi paso, y encontrar nada podia.
 Pero una triste voz llega á mi oído,
 Y aquella voz, señor, voz era amiga.
 Un jóven infeliz mascaba el polvo
 Por la postrera vez; de sus heridas
 Sangre hidalga brotaba.... «Ven, hermano,
 Pudo decirme, toma.... Si la vida
 Salvas, al padre amado aquesto dale;
 Del leño santo es parte; en sangre mia
 Empapado lo toma...» y en mis brazos
 Murió el pobre diciendo.....

GUILLEN DE CERCANIA. (con precipitacion.)

¡No prosigas!

Dime su nombre, ¡dimelo!.... y su padre,
 ¿Quién es su padre, quién?

FERRANDO.

(al reconocer á Guillen en quien no habia reparado.)

¡Ah! no exijas

Que te lo nombre yo!

GUILLEN.

¿Por qué?... ¡Tú callas!....

Infeliz! Infeliz!

FERRANDO.

(con gravedad, dándole el pedazo del leño santo de que ha hablado.)

Toma..... Bendiga

Su memoria el Eterno.

GUILLEN.

¡Hijo del alma!....

ALONSO. (conmovido.)

No partirás, anciano, de Castilla,
 Sin que sigan tus pasos mis guerreros.
 ¡Puedan ellos, felices, ver un día,
 Libre á Jerusalem! ¡Pueda su brazo
 La coyunda romper que hoy es mancha
 De los hijos de Cristo!... ¡Mengua eterna
 Al que reposa en paz, cuando oprimida
 Yace la santa grey!... Yo, Caballeros,
 Guiaros á la lid anhelaría;
 El amor á mi pueblo me lo veda.
 El eterno y Toledo es mi divisa!
 Al ceñir en mi sien esta corona
 Me dijo el Rey mi padre: «el que castiga
 Al infiel con el fuego te la entrega,
 Para que en todo tiempo des la vida
 Por tu Dios y tu pueblo;» y dí palabra
 De adorar á los dos y he de cumplirla.
 La huella del impío ha profanado
 El suelo enantes puro de Castilla;
 Mis guerreros ya lavan con su sangre
 La sangre que dejó con ignominia
 Donde puso la planta el Sarraceno.
 Ora te seguirán á Palestina,
 Anciano peregrino, y tus palabras
 Un bálsamo serán á sus heridas.

PEDRO.

¡En el Cielo hallarás la recompensa!

ALONSO.

Y mientras no se apresta tu partida
 Debajo el mismo techo morarémos;
 Mi igual quiero que seas. Quien abriga
 Un corazon tan noble no merece
 A un Rey ser inferior.... A tí confía,
 Tú Señor, noble Hernan, aqueste anciano
 Y ese jóven guerrero que lo guia.

PEDRO.

¡Dios te premie, monarca, cual mereces!

ALONSO.

¡El á todos, Señores, nos bendiga!

(Se retira el Rey con algunos caballeros, y otros formando grupos se quedan con Pedro el Ermitaño.)

El Trovador.

« Oí triste cantilena

Que una tal voz pronunciaba »

(Santillana.)

I.

En un pilar apoyado
De la casa de su dama,
De la luna al resplandor,
Suspiraba un Trovador:
La languidez de sus ojos
Fijos en una ventana,
Sin falsedad descubrían
Lo poco que ellos dormían,
Lo mucho que él padecía,
Lo mucho que ellos lloraban.

La frente pálida,
Cual lírio ajado,
El canto trémulo
Del Trovador,
Su mirar lánguido,
Tan ecstasiado,
Son de una víctima
Que pide amor.

II.

— Abre, señora inhumana,
Esa gótica ventana,
Deja el lecho:
Escucha, sí, mi cantar
Y el continuo suspirar
De mi pecho.
Ese rostro angelical,
Tu mirada virjinal
Tan candorosa,
No nieges, hermosa mía,
A quien vela noche y día,
Y no reposa.

¡ Ah! tu sueño los cuidados
No alteran — aquí llegó,
Y la bella
Abrió los vidrios pintados,
Y al Trovador se mostró,
Blanca estrella;
La frente pálida
Cual lírio ajado,
Y con voz trémula,
Con voz de amor,
— Si altera, díjole,
Algun cuidado,
Mi pecho, víctima
De su rigor.

Toledo 1836.

P. DE M.



Música Sagrada.

En la parroquia de S. Sebastian se ha celebrado un solemne funeral por el alma de nuestro amigo Don José María Cruz, la noche del 4 del corriente. La concurrencia fué numerosísima, y solamente de profesores pasaban de setenta los colocados en la orquesta. Se ejecutó un oficio de difuntos de D. Antonio Oller, un *Libera me* del maestro Genovés y el célebre *Benedictus* de Torres. El oficio es de un efecto grandioso y el autor muestra en él conocimientos nada comunes. Se podrá acaso tachar alguno que otro canto como

mas propio de teatro que de templo, y el giro de la instrumentacion demasiado brillante, pero ¿que tiene de extraño? Se oye acaso en Madrid otra cosa que óperas ó música sacada de ellas? Ademas, la revolucion introducida en el manejo de la orquesta de algunos años á esta parte, ¿como no ha de invadir la iglesia? Falta saber si el autor no conoce como el que mas estos defectos, y no perteneciendo al número de los indiferentes á los aplausos de la mayoría, número que precisamente ha de ser *muy limitado*, adopte lo que sabe agrada mas, aunque no sea lo mas de su gusto. En el *Libera me* hay tambien cosas de mucho efecto; pero las voces no están manejadas con todo aquel conocimiento que solo da la práctica y que por consiguiente no podía tener el autor al escribirlo, siendo esta una de sus primeras obras. Del *Benedictus* no hablémos, porque es invaluable y no se encuentran palabras con que elogiarle. Es produccion del siglo XVII pero que durará probablemente lo que dure el culto.

Resta solo alabar la generosidad y buena voluntad de los profesores, como tambien el esmero en la ejecucion. Dirigió con su acostumbrado celo Don Victoriano Daroca; quien ha contribuido sobre manera tanto al buen, éxito como á la verificacion de la funcion. El primer coro no se podía mejorar. Desempeñábanlo los señores Mateos, Ciria (Don Evaristo), Perez (Don Antonio) y Reguer. Honor á tan distinguidos artistas que gustosos se prestaron á tributar este último homenaje á la memoria del digno comprofesor que la muerte les ha arrebatado prematuramente, sin otra recompensa que la que toda accion virtuosa trae siempre en pos de sí.

S. DE M.

Anuncio.

-- Lecciones de Derecho Natural y de Gentes. Escritas en francés por el célebre Profesor Mr. de Felice, y traducidas al español por el Dr. en Cánones D. Juan de Aces y Perez, del Gremio y Claustro de la Real Uni-

versidad de Salamanca, individuo de su ilustre Colegio de Monte pio de Abogados.

Cuando la simple conservacion de esta obra, tan apreciable como poco comun, se hubiera juzgado criminal, y el hombre instruido y virtuoso se daba por contento con que se le dejase vivir en lo recóndito de su casa; ansioso el traductor de buscar un recreo honesto y que algun dia pudiese ser útil á sus semejantes, se dedicó á ponerla en el idioma patrio. La muerte le arrebató, acaso antes de darla la última pincelada y sin que llegase á disfrutar el dulce objeto de sus tareas; pero para que estas no queden en absoluta obscuridad, las publica su hermana Doña Juana de Aces y Perez, tales cuales las encontró entre sus papeles; sin mas recomendacion que la que siempre tiene en sí todo lo que contribuye á los adelantamientos de las ciencias.

Esta obra se compone de 2 tomos en 4.º, y su precio es á 26 reales cada tomo en rústica, y á los Señores Suscritores á 22 reales, quienes entregarán el precio del primero en el acto de la suscripcion que por ahora se verificará en las librerías siguientes: Madrid Razola, Sanz. Barcelona Estibil, Bergnes. Zaragoza Heras. Santiago Rey Romero. Valencia Mallén y Sobrinos. Valladolid Santarén. Coruña Calvete. Cadiz Hortal y Compañía. Sevilla Hidalgo y Compañía. Granada Sanz. Badajoz Viuda de Carrillo. Salamanca Moran. Málaga Carrera. Alicante Carratalá. Cartajena Benedicto.

Epigrama.

A mi amigo Facundo, cierto dia
Un médico decía:
« Entre cuantos enfermos he asistido
» Nunca á ninguno he oído
» De mis curas quejarse:
» Y esto en verdad es cosa de admirarse.»
Y respondió Facundo:
« Es que van á quejarse al otro mundo. »

ESTAMPAS.

Don García Gutierrez. = Trajes del Salzburgo.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. -- FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.

EL ARTISTA.



D. SANTIAGO DE MASARNAU.

mas propio de teatro que de templo, y el giro de la instrumentacion demasiado brillante, pero ¿que tiene de extraño? Se oye acaso en Madrid otra cosa que óperas ó música sacada de ellas? Ademas, la revolucion introducida en el manejo de la orquesta de algunos años á esta parte, ¿como no ha de invadir la iglesia? Falta saber si el autor no conoce como el que mas estos defectos, y no perteneciendo al número de los indiferentes á los aplausos de la mayoría, número que precisamente ha de ser *muy limitado*, adopte lo que sabe agrada mas, aunque no sea lo mas de su gusto. En el *Libera me* hay tambien cosas de mucho efecto; pero las voces no están manejadas con todo aquel conocimiento que solo da la práctica y que por consiguiente no podía tener el autor al escribirlo, siendo esta una de sus primeras obras. Del *Benedictus* no hablémos, porque es invaluable y no se encuentran palabras con que elogiarle. Es produccion del siglo XVII pero que durará probablemente lo que dure el culto.

Resta solo alabar la generosidad y buena voluntad de los profesores, como tambien el esmero en la ejecucion. Dirigió con su acostumbrado celo Don Victoriano Daroca; quien ha contribuido sobre manera tanto al buen, éxito como á la verificacion de la funcion. El primer coro no se podía mejorar. Desempeñábanlo los señores Mateos, Ciria (Don Evaristo), Perez (Don Antonio) y Reguer. Honor á tan distinguidos artistas que gustosos se prestaron á tributar este último homenaje á la memoria del digno comprofesor que la muerte les ha arrebatado prematuramente, sin otra recompensa que la que toda accion virtuosa trae siempre en pos de sí.

S. DE M.

Anuncio.

-- Lecciones de Derecho Natural y de Gentes. Escritas en francés por el célebre Profesor Mr. de Felice, y traducidas al español por el Dr. en Cánones D. Juan de Aces y Perez, del Gremio y Claustro de la Real Uni-

versidad de Salamanca, individuo de su ilustre Colegio de Monte pio de Abogados.

Cuando la simple conservacion de esta obra, tan apreciable como poco comun, se hubiera juzgado criminal, y el hombre instruido y virtuoso se daba por contento con que se le dejase vivir en lo recóndito de su casa; ansioso el traductor de buscar un recreo honesto y que algun dia pudiese ser útil á sus semejantes, se dedicó á ponerla en el idioma patrio. La muerte le arrebató, acaso antes de darla la última pincelada y sin que llegase á disfrutar el dulce objeto de sus tareas; pero para que estas no queden en absoluta obscuridad, las publica su hermana Doña Juana de Aces y Perez, tales cuales las encontró entre sus papeles; sin mas recomendacion que la que siempre tiene en sí todo lo que contribuye á los adelantamientos de las ciencias.

Esta obra se compone de 2 tomos en 4.º, y su precio es á 26 reales cada tomo en rústica, y á los Señores Suscritores á 22 reales, quienes entregarán el precio del primero en el acto de la suscripción que por ahora se verificará en las librerías siguientes: Madrid Razola, Sanz. Barcelona Estibil, Bergnes. Zaragoza Heras. Santiago Rey Romero. Valencia Mallén y Sobrinos. Valladolid Santarén. Coruña Calvete. Cadiz Hortal y Compañía. Sevilla Hidalgo y Compañía. Granada Sanz. Badajoz Viuda de Carrillo. Salamanca Moran. Málaga Carrera. Alicante Carratalá. Cartajena Benedicto.

Epigrama.

A mi amigo Facundo, cierto dia
Un médico decía:
« Entre cuantos enfermos he asistido
» Nunca á ninguno he oido
» De mis curas quejarse:
» Y esto en verdad es cosa de admirarse. »
Y respondió Facundo:
« Es que van á quejarse al otro mundo. »

ESTAMPAS.

Don García Gutiérrez. = Trajes del Salzburgo.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. -- FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.

EL ARTISTA.



D. SANTIAGO DE MASARNAU.

EL ARTISTA.



D. ESTEBAN DE AGREDA.

EL ARTISTA.



D.^º ESTEBAN DE AGREDA.

